

primordial de evitar las «desviaciones y acciones personalistas» que «desfiguren» el proceso revolucionario de las fuerzas armadas de 1968 que «continuará por sus auténticos cauces señalados en el manifiesto revolucionario, en el estatuto, en el plan de gobierno y en las bases ideológicas de la revolución peruana». La firma del general Leónidas Rodríguez Figueroa al pie del primer comunicado de los comandantes generales al que pertenecen las palabras anteriormente citadas fortalece el deseo de mostrar una continuidad: fue uno de los revolucionarios, que depusieron al gobierno de Belaunde y redactó alguno de los planes del «modelo peruano»: concretamente, el «Plan Inca». A pesar de todo ello, hay razones para preguntarse si el «modelo peruano» se ha roto ahora.

El «modelo peruano» fascinó desde el principio a los estudiosos de la política, sobre todo en Hispanoamérica. Constituía entonces la primera revolución militar apoyada en la izquierda y por la izquierda, que desafiaba al mismo tiempo a la «oligarquía blanca» poseedora de la mayor parte de las tierras y a los capitales de Estados Unidos que dominaban sobre todo las riquezas mineras (plomo, hierro, cinc, cobre) y los yacimientos petrolíferos explotados por la IPC (International Petroleum Company). Los Estados Unidos reaccionaron vivamente contra las expropiaciones y comenzaron una política de cerco. Los sucesivos secuestros de embarcaciones pesqueras de los Estados Unidos en aguas territoriales peruanas —o reclamadas por Perú, cuya industria pesquera es básica: 9/10 millones de toneladas anuales— endurecieron la situación. Al mismo tiempo, Velasco Alvarado abrió las relaciones de su país con los regímenes comunistas, y especialmente con Cuba.

En varios momentos de sus siete años de gobierno, Alvarado acusó a la CIA de quererle derrocar: principalmente en los disturbios del 5/6 de febrero de este año en Lima, producidos por el descontento de la policía (Guardia Civil) y secundados por algunos civiles, en los que Alvarado denunció la actuación del APRA (Acción Popular Revolucionaria Americana), partido obrerista y sindicalista del régimen anterior, dirigido por Víctor Raúl Haya de la Torre, al que consideraba Velasco como pasado hacia la derecha y sometido a presiones de carácter fascista: de clases medias reivindicatorias de una situación de bienestar que tenían perder por el ascenso de las clases no privilegiadas: especialmente, las masas indias, que irían tomando posesión de la agricultura y que bajaban de los Andes hacia las ciudades para trabajar en la industria. Dominada aquella revuelta, Alvarado acentuó su política de nacionalizaciones (en marzo, la All America y la West Coast, de comunicaciones; en mayo, la Gulf Oil, de petróleo; en junio, la Marcona Mining) y tomó también la decisión de entregar la gran prensa a sus propios trabajadores o de organizaciones gremiales, por la explicación

de que la prensa privada trataba de favorecer la «oligarquía blanca» y era contrarrevolucionaria, y mediante la tesis de que la propiedad de los medios de información debe pertenecer directamente al pueblo. Desde la derecha se le acusó de haber tomado esta medida exclusivamente para callar a la oposición y terminar así con una libertad, tema al que fueron también sensibles algunos intelectuales considerados como de izquierda.

Velasco Alvarado acababa de pronunciar un discurso, en el que exponía las líneas más recientes de su pensamiento político. El día 27 de agosto inauguró la conferencia de países no alineados y explicó lo que llamó estrategia de conjunto para estos países. Su idea era la de que la humanidad se encuentra en estos momentos en un punto histórico caracterizado por el «impulso revolucionario», que se enfrentaba con «la incompreensión real con respecto al carácter unitario del mundo». «Si las oligarquías nacionales son un anacronismo, las oligarquías internacionales también lo son». Todo ello podría abrir la puerta a una nueva guerra mundial «sin precedentes» contra «la brecha creciente que se abre inexorablemente entre los pueblos subdesarrollados y las naciones que registran un crecimiento industrial vertiginoso». «Los países del tercer mundo deberían limitar sus gastos en armamento y utilizar esa inversión en recursos para el desarrollo económico y social». Con respecto al «modelo peruano», Velasco afirmó que el objetivo final de su gobierno era el establecimiento de «una democracia social de participación plena».

Después de este discurso, Velasco Alvarado ha emitido solamente un breve comunicado para despedirse de su pueblo. «Al alejarme del proceso revolucionario —dice—, lo hago con la satisfacción del deber cumplido y de haber sentado las bases para un nuevo Perú». El comunicado está lleno de prudencia. En ningún momento acusa a los nuevos dueños del poder —que son quienes han difundido el mensaje por todos los medios de comunicación—, pero pide «a todos los hombres y mujeres del Perú, con uniforme y sin él, que se mantengan «siempre unidos y den el apoyo que requiera la continuidad del proceso revolucionario».

El nuevo presidente, Francisco Morales Bermúdez, era primer ministro y ministro de la Guerra, comandante general del Ejército: prácticamente, reunía más poder en sus manos que el propio Alvarado, y acaba de demostrarlo. Su carrera militar se considera brillante, y su carrera política se inició con el régimen anterior: el presidente Belaunde le hizo ministro de Hacienda, cargo al que más tarde renunció Morales Bermúdez por incompatibilidad con Belaunde. Era coronel cuando se realizó el golpe de 1968, con el cual colaboró estrechamente. No tiene la popularidad de Velasco Alvarado, pero sí tiene más en sus manos las tramas del poder. ■

LIMA/MEXICO

## La voz del Tercer Mundo

● Simultáneamente se han celebrado dos importantes reuniones de los países subdesarrollados: la Conferencia de Lima (Conferencia de países no alineados, con participación de 34 países de África, Asia, América y Yugoslavia, como única nación europea) y el «Fórum del tercer mundo» en México. La primera tenía un carácter organizativo, la segunda deliberante: el temario y los objetivos eran tan similares que en algunos casos los delegados en México han referido sus declaraciones a los documentos presentados en Lima. El «Fórum...» ha sido una reunión de intelectuales y científicos de países subdesarrollados que participaban en la discusión a título personal; la Conferencia, una reunión de ministros de Asuntos Exteriores. Tanto en uno como en otro se ha tratado primordialmente de constituir «un nuevo orden económico internacional», basándose en la idea de que la actual crisis del capitalismo mundial «no es solamente una crisis de coyuntura, sino de instituciones», según el delegado pakistani en México. El informe de México propone la creación de un Banco internacional con la participación adecuada de los países del tercer mundo y la sustitución del dólar o de la libra esterlina por una moneda internacional que cuente con el apoyo del tercer mundo. Se propone la elaboración de un código que reglamente las relaciones entre los inversores extranjeros y los países del tercer mundo, que determine y garantice las relaciones entre los inversores extranjeros y los países del tercer mundo y que realice la revisión de los contratos actuales entre las compañías

transnacionales y las naciones subdesarrolladas. Los países del tercer mundo deberían ejercer un control mayor sobre las exportaciones de sus productos, de su transporte y su distribución, y la necesidad de que estos países puedan fijar los precios de sus mercancías. Se propone también una reforma de las Naciones Unidas sobre las bases de «internacionalización, democratización y descentralización».

Estas bases presentadas en México son las desarrolladas en Lima, donde se ha propuesto un estatuto para las empresas transnacionales y la importación de tecnología, la creación de un comité intergubernamental ejecutivo que controle las materias primas y la creación de un fondo de cooperación y solidaridad del movimiento para promover el desarrollo. El contrapunto dramático de la caída del Presidente Alvarado antes de que terminase la Conferencia que él había iniciado, convocado y presidido en su primera sesión hizo pensar a muchos de los delegados si el enemigo al que tratan de combatir por estas institucionalizaciones del pensamiento y la economía del tercer mundo no actúa siempre por otra vía que le permite desbaratar todos estos esfuerzos. La relación entre el derrocamiento de Alvarado y las últimas nacionalizaciones de capital de los Estados Unidos en el Perú pareció bastante evidente. Un recuerdo: la caída de Ben Bella y la instalación de Bumedian en Argelia, precisamente en el momento en que iba a comenzar en Argel (junio de 1965) una Conferencia de Jefes de Estado de países neutralistas, que hubo de ser suspendida. ■

ARGENTINA

## Los militares actúan

● Hecho importante en la difícil crónica política de Argentina: los militares han intervenido para cortar dos decisiones del gobierno. Las dos les concierne directamente. Una de ellas es el nombramiento del coronel Damasco como ministro del Interior, sobre el que debía reposar toda la fuerza del gobierno. Otra es el nombramiento del general Alberto Numa Laplane como comandante en jefe del Ejército. Este hecho estaría en relación con el anterior: Numa Laplane habría aprobado el nombramiento ministerial de Damasco. El Ejército está sosteniendo al gobierno con numerosas reservas, y explícitamente como simple apoyo al poder establecido, pero

manteniendo al mismo tiempo una neutralidad política. No se niega, por otra parte, en la colaboración para luchar contra las guerrillas armadas. El nombramiento de Damasco (véase el número anterior de TRIUNFO) se interpretaría como una participación directa del Ejército en la política gubernamental, cosa que no desea de ninguna manera. El Ejército abandonó el poder en 1973, hace 27 meses, después de haber convocado elecciones generales y, fiel a su palabra, lo entregó a los vencedores de esas elecciones, los peronistas. Pero ha guardado siempre sus distancias.

Ante la combinación militar, hecha solidaria y unitariamente —la Ma-